

Montserrat RIBAO PEREIRA, coord.: *Historias medievales para sensibilidades románticas. Relatos sobre el tiempo de Juan II de Castilla*. Vigo: Servizo de Publicacións da Universidade, 2018, 198 pp.

La selección de estas *Historias medievales para sensibilidades románticas* es el resultado del fructífero trabajo de equipo que la profesora Montserrat Ribao Pereira coordina en su grupo de investigación *Ediciones y estudio de literatura española*, al amparo del proyecto de investigación *Nobles, oficiales y cortesanos en el entorno literario del Cancionero de Baena: escritura y reescrituras*, dirigido por Antonio Chas Aguión. Junto con la propia Montserrat Ribao, que presenta la mayoría de las piezas, han colaborado también en la recopilación de los relatos las jóvenes investigadoras María Ceide Rodríguez, Fátima Codeseda Troncoso, María del Carmen Rodríguez Lorenzo, María Teresa del Préstamo Landín y Leticia Placín Alonso.

El hilo conductor de las narraciones, todas ellas publicadas en la prensa decimonónica, es la corte cuatrocentista del rey Juan II, y en particular la figura más controvertida de la época: el condestable don Álvaro de Luna, uno de los personajes preferidos por los autores románticos que fijaron su mirada en la Edad Media. Su fulgurante encumbramiento y trágica caída, con ejecución en el cadalso incluida, habían de resultar singularmente atractivos al imaginario romántico por las posibilidades, tanto temáticas como ambientales y escenográficas, que ofrecía. No es siempre, sin embargo, central la figura del condestable, pero su presencia en el marco permite manejar los recursos que resultan más efectistas para la trama: la tiranía —incluso la ejercida en las relaciones amorosas—, la intriga, el poder.

Como indiqué, uno de los criterios básicos que ha guiado la elección de los relatos es su publicación en la prensa (aunque se han desechado aquellos en los que el fondo histórico es una simple referencia, los que están incompletos o los que la crítica ha recuperado con posterioridad). Si bien la mayoría se extrae de revistas y periódicos románticos (el *Semanario Pintoresco Español*, *El Gaudalhorce*, *El Panorama*...), los títulos alcanzan incluso a principios del siglo XX («La venganza de doña Leonor de Pimentel», de Gonzalo Morenas de Tejada, 1914), de manera que puede también perseguirse la evolución del tema y sus recursos a lo largo del siglo.

Se trata, pues, de un conjunto de narraciones que no han vuelto a editarse en la actualidad y que nos resultan hoy, por lo tanto, desconocidas. Muy desiguales en relación con el tratamiento del tema, su vinculación con los hechos históricos o incluso su cauce formal (se inserta, a modo de adelanto de otra futura recopilación, en este caso poética, un romance de Adolfo de Castro), son, no obstante, un valioso testimonio del interés de los románticos por una corte que aúna todo el encanto de una sociedad brillante (cuyos motivos caballerescos

y culturales ya evocara Jorge Manrique) y un especial caldo de cultivo para las intrigas políticas y amorosas. De algún modo, como indica Ribao, la publicación de estos cuentos en la prensa con frecuencia prepara el terreno y encauza el gusto del público hacia temas que adquirirán un más amplio desarrollo en dramas o novelas, o incluso en poesía narrativa. En este sentido, y a modo de ejemplo, cabe señalar la insistencia de Antonio Gil y Zárate en sacar a la luz en 1838 (un año especialmente fecundo en la publicación en la prensa de leyendas en torno a don Álvaro de Luna) dos relatos, uno a modo de semblanza biográfica del personaje («El condestable don Álvaro de Luna»), y otro sobre el famoso «paso de armas» protagonizado por Suero de Quiñones («El paso honroso»), que recrea el mundo de los torneos y las justas caballerescas: en 1840 representaría Gil su drama *Don Álvaro de Luna*.

La especial atracción que el tiempo de Juan II ejerce sobre los escritores del XIX se explica además porque permite establecer paralelismos con la historia contemporánea que sirven para justificar las actitudes liberales en una sociedad que, como la del siglo XV, está en pleno proceso de transformación. La confrontación de algunos de estos relatos permite también comprobar la existencia de contradicciones en la interpretación de sucesos o personajes históricos (el propio don Álvaro de Luna ofrece dos imágenes contrapuestas: la del tirano obsesionado por el poder y la del político abnegado que termina convirtiéndose en víctima propiciatoria) o incluso de circunstancias sociales: así, por ejemplo, el convento en el que ingresan damas abandonadas o que han sido víctimas de algún engaño es visto, en el anónimo «La madre rival», como una prisión que inspira horror a sus víctimas; en «El trovador y la infanta», de Miguel López Martínez, a pesar del encierro en el claustro, se contempla como lugar de libertad espiritual, consuelo y paz. Como escribe Ribao, estos relatos «devolvieron a los lectores de la época la imagen de una Edad Media reescrita a la medida de su propia estética» (pp. 7-8), sin que ello sea impedimento para que, en ocasiones, se deslice alguna crítica hacia determinados elementos estereotipados del Romanticismo, como puede verse en el mismo relato de López Martínez: el enamorado Manrique, «si hubiera vivido en nuestra época, sin duda habría sofocado con la muerte su rabia al separarse de doña Catalina. Él se decidió a morir, sí, pero de un modo más provechoso, como entonces lo hacían los desesperados: en el campo de batalla» («El trovador y la infanta», p. 84).

Además de la presentación del volumen, los relatos (encabezados por la semblanza biográfica de Gil y Zárate y ordenados a continuación según una cronología interna que responde a la vital del condestable), van precedidos de unas útiles introducciones que contextualizan su lectura. María Ceide esboza un estado de la cuestión en torno a las características genéricas y tipológicas del cuento haciendo hincapié en la heterogeneidad de las aproximaciones críticas de las que ha sido objeto, heterogeneidad que confirma la muestra ofrecida: las narraciones van desde las más asépticas y pegadas a perfiles históricos, como la mencionada de Gil y Zárate, a las que ostentan el subtítulo de «novela», como «El trovador y la infanta», o el citado poema narrativo «El castigo de un mal juez», de Adolfo de Castro; también desde el punto de vista de su clasificación temática la variedad es la nota dominante: se combinan los elementos costumbristas, históricos, legendarios, fantásticos e incluso góticos (categoría esta que convendría tener en cuenta, a la luz de relatos como el de Adolfo de Castro, en el que el auténtico protagonismo lo adquiere el espectro de la cabeza degollada de don Álvaro de Luna). Fátima Codeseda repasa el tratamiento del tiempo de Juan II en los poemas

narrativos y sitúa en ese marco el mencionado romance de Adolfo de Castro, avanzando la siguiente entrega del grupo. Finalmente, Montserrat Ribao vincula el tema de los cuentos con la sensibilidad romántica y analiza con juicio certero cada uno de los relatos, trazando la evolución del tema medieval hasta su disolución ya en pleno siglo XX, que lo abordará con distintas perspectivas.

Una ficha individualizada ofrece al inicio de cada cuento datos pertinentes relativos al autor, al propio texto y a las ediciones de las fue objeto, además de unas referencias bibliográficas específicas. El lector interesado podrá perseguir, pues, con facilidad, las sugerencias que cada relato le ofrezca, y completar esta información acudiendo a la precisa y atinada bibliografía general.

El volumen, en suma, es enriquecedor. El Romanticismo, como es sabido, se enfrenta a la Historia de un modo peculiar y hasta entonces inédito. Estos relatos, de amplia difusión gracias al cauce elegido, evidencian el sustrato del que surgen la poesía, la novela y el drama históricos, y muestran cómo el movimiento romántico, que vuelve sus ojos al pasado, se ocupa también de reescribirlo desde la ficción, creando sus «historias» de la historia.

Isabel ROMÁN GUTIÉRREZ
Universidad de Sevilla